

Adolfo Sánchez Vázquez, el último exiliado

Juan José Téllez

A sus 96 años, Adolfo Sánchez Vázquez (Algeciras, Cádiz, 1915) puede tener problemas con la vista, pero no con su lucidez. Aunque desde la caída de la dictadura franquista ha retornado con frecuencia a su patria, siempre mantuvo su condición de exilio. Esa doble nacionalidad del destierro a la que no ha llegado a renunciar en su domicilio en México D.F., donde desde la posguerra civil echó raíces: uno de sus nietos, Juan Adolfo, milita por ejemplo en el contundente rock mexicano.

Sin embargo, por motivos biológicos, él asume su condición de último mohicano de la España trasterrada: «El exilio prácticamente ya no existe. Yo soy de los que llegaron jóvenes, con 22 años, pero la gente que llegó con 35, con una cierta madurez, esa desapareció ya. Del exilio, no queda prácticamente ya nada. En México, queda la presencia en el recuerdo. Se recuerda con mucha generosidad, sin regateo alguno. Y a diferencia de España, donde realmente por lo que toca a la política oficial, no sólo este gobierno sino anteriores, no ha habido un reconocimiento del exilio. Piense usted que en el año 89, que fue el cincuentenario del exilio del 39, pasó aquí completamente inadvertido y en México hubo una cantidad de actos de todo tipo y por todas partes. La obra del exilio está reconocida en los medios especializados, pero a un nivel general y sobre todo oficial, no».

El hijo del carabinero

Nació en Algeciras, a 17 de septiembre de 1915, en un caserón de la calle Ríos: «Nací en septiembre de 1915, en Algeciras, donde

mi padre, Benedicto Sánchez Calderón era teniente del Cuerpo de Carabineros. Mi madre nació en San Roque y en La Línea vivió toda su vida un hermano de mi madre, mi tío Félix. Tuve una hermana mayor, Angela, y un hermano, Gonzalo, que también militó en el Partido Comunista de España y llegó a ser catedrático de matemáticas y director de un instituto en Sevilla».

Después de un breve destino en San Lorenzo de El Escorial, su padre sería trasladado a Málaga, donde contraerá domicilio en 1925. Allí, inicia sus estudios de bachillerato y su compromiso político: «Era difícil sustraerse al clima de entusiasmo y esperanza que suscitó, sobre todo en la juventud estudiantil, el nacimiento de la Segunda República el 14 de abril de 1931 –escribe–. Pero pronto vinieron nuestras decepciones ante la timidez y morosidad con que se desarrollaban los cambios que esperábamos».

Pero, sobre todo, Sánchez Vázquez prácticamente nació con la Revolución Soviética y quizá aquellos diez días que estremecieron al mundo conmocionaron genéticamente su pensamiento, ya para siempre. Adolfo Sánchez Vázquez, algecireño, malagueño, andaluz desde luego, formado en Madrid y crecido intelectualmente en México, en uno de sus últimos retornos españoles volvió a Málaga para recoger el Premio María Zambrano de humanidades que le concediera la consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, tanto por su propia aventura del espíritu como la de todos aquellos que conformaron lo que se dio en llamar la España transterrada: «No fueron tantos los que se integraron de nuevo a la vida española –me reconocía entonces–. Muchos por razones ya biológicas, diríamos, de edad. Usted piense que nosotros, yo y mi esposa por ejemplo, llegamos jóvenes al exilio, con veinte o veintidós años. Pero muchos llegaron ya con una obra hecha o con una profesión en marcha, con treinta, cuarenta o cincuenta años. Muchos tendrían hoy cien y ya no viven. Prácticamente el exilio desapareció, no sólo política sino físicamente. Entonces, ha pasado ya tanto tiempo y se han echado raíces, tenemos hijos, tenemos nietos...»

Una subestimación del exilio

«Yo creo que en España hay un cierto olvido o subestimación del exilio –valoraba dieciocho años atrás, en uno de sus retornos

a Málaga y en otra conversación mantenida a la falda de la sede del Ateneo—. En México, se ha hecho una revaloración de lo que ha representado el exilio español en el hecho cultural del país, que ha sido realmente mucho. Se puede decir que la mejor inteligencia de la Universidad española fue al exilio. Hay once o trece rectores conocidos, entre ellos Gaos, Puche y otros, enterrados en México. Pero podíamos citar diferentes casos en diversas profesiones. En el campo del arte, se exiliaron grandes pintores como Souto, Prieto, Baldasano. En el terreno de la literatura, Emilio Prados, Luis Cernuda, Juan Rejano. En el campo de la filosofía, José Gaos, Xirau. En todos los terrenos hubo una gran aportación que fue reconocida por México. Los mexicanos reconocen que la inyección del exilio permitió un empuje bastante vigoroso a su cultura, pero también a la industria, la técnica... Por las impresiones que tengo, al menos durante cierta época, en España se intentó que el exilio pasase inadvertido. Y en cierta medida se comprende. La gente quisiera olvidar lo que ha pasado pero, claro, como la guerra civil el exilio es un capítulo de la historia. Se puede olvidar para no seguir manteniendo el espíritu de todo aquello, el dolor, la rabia, pero no se puede olvidar que existió, eso es obvio».

Su exilio también comenzó por los Pirineos, tras la caída de Barcelona al fin de la guerra civil: «Después de muchas vicisitudes, fui a pasar la frontera, logré llegar a París y en París los intelectuales franceses de izquierdas fundaron un albergue para recoger a algunos exiliados. Nos albergaron allí un par de meses, hasta que salí por el puerto de Sète, en el Sinaia, para México. Recuerdo que la última tierra española que vimos fue la costa del Estrecho de Gibraltar, donde yo nací. Un viejo periodista que iba con nosotros, nos dio a todos un discurso emocionante, al describirnos qué era lo que estábamos contemplando».

Aquel barco llamado «Sinaia» tuvo su propio periódico a bordo y allí viajaron cientos de republicanos españoles no sólo fugitivos del franquismo sino del nazismo que tomó Francia en 1940. Entre sus compañeros de travesía, figuraba el poeta cordobés Juan Rejano y a todos les acogió el México de Lázaro Cárdenas, como bien refleja y testimonia Carlos Fuentes en su novela *Los años con Laura Díaz*. Un gesto generoso que quizá la

España democrática nunca supo pagar del todo, ni a Cárdenas ni a su pueblo.

«El México de Cardenas nos acogió muy bien, pero claro, Mexico era y hoy sigue siendo un país con muchos problemas económicos. Entonces, era un país muy pobre, con muchas limitaciones, sobre todo para los trabajados intelectuales. Tuve que hacer muchas cosas para poder sobrevivir. Sobre todo, traducir, dar clases particulares, escribir novelas cinematográficas. Escribí dos. Eran unas novelas en las que me daban el guión en inglés, me proyectaban la película y con eso hacía yo la novela de la película, que se vendían muy bien. Hice dos películas, una muy famosa en su época, *Gilda*, de Rita Hayworth y otra, *Kiss me*, de Marlene Dietrich. Hasta que ya logré entrar, después de hacer mis estudios y terminarlos, entré en la Universidad primero como profesor de asignatura y, luego, de lo que allí se llamaba profesor de tiempo completo, con una remuneración que me permitía ya liberarme de otros trabajos y consagrarme ya prácticamente a la enseñanza y a la investigación».

En diversas publicaciones, Sánchez Vázquez tuvo ocasión de reflexionar sobre la identidad un tanto apátrida de quien tiene que buscar una tierra nueva a la que llamar su segunda casa: «El exiliado es siempre una especie de esquizofrénico, que está partido en dos. Por un lado, tiene la mirada puesta en el país del que procede y, por otro lado, su vida diaria, cotidiana, sus intereses, están en el país que pisa. Pero ese dualismo nunca desaparece. Sobre todo, en los primeros años del exilio era evidente. Todos estábamos con la ilusión de volver, pensando que la vuelta estaba próxima. Eso duró incluso diez o quince años. Incluso, se pueden contar anécdotas. Por ejemplo, al principio, cuando un exiliado mandaba a sus hijos a la Universidad, se interpretaba como una especie de desertión, se consideraba que había perdido de vista sus ideales, que ya no quería volver. O el que se compraba un coche, no digamos. O sea, que la mayoría de la gente tenía puesta toda su mirada en España, en el regreso. Luego, el tiempo va pasando, se van creando intereses, surgen los hijos, uno se vincula profesionalmente a través de su trabajo al país que lo acoge y ya en cierto modo se va integrando. En México, finalmente, hubo una integración del exilio, pero fue tardía. Los exiliados y sus hijos, hoy, se consideran ya mexicanos,

sin perder de vista los vínculos o las razones por las que llegaron al exilio. Pero, en cierto modo, uno nunca deja de ser exiliado porque siempre se mantiene esa dualidad».

Una cátedra de Estética

«Yo, por ejemplo, llegué a México siendo estudiante. No pude terminar la carrera en España. Yo había hecho en Málaga el Bachillerato y de Málaga pasé a Madrid, donde hice el primer año de estudios de la carrera de Filosofía y Letras, en la Universidad Central, con Gaos precisamente, con Ortega, con Zubiri, con García Morente. Pero, claro, era un año de estudios y luego vino lo que vino, la guerra, el exilio. Cuando llegué a México, yo era un estudiante. No tenía otra cosa que ofrecer. Entonces, en México, pasé dificultades porque allá pronto me casé, pronto llegaron los hijos y tuve que hacer los estudios al tiempo que hacía cuarenta trabajos de distinto tipo. Fui traductor, por ejemplo y allí me inicié también como profesor».

Su empeño no sólo hizo que concluyese sus estudios universitarios sino que ganó una plaza en la prestigiosa Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), escenario de algunas de las convulsiones intelectuales más poderosas del último medio siglo de aquel país: «La cátedra de Estética la asumí aproximadamente en el año 54 o 55. Primero, fui lo que se dice profesor de asignaturas por hora. Al cabo de cinco o seis años, pasé a ser profesor de tiempo completo, lo que le llaman aquí dedicación exclusiva. Me he dedicado sobre todo a mi cátedra de Estética, pero también al curso de filosofía política, particularmente cuando hablar de Carlos Marx no era tan habitual como lo fue después. Los profesores de tiempo completo, que es como les llamamos allí, tenemos una gran libertad para los cursos que vamos a dar. Nosotros decidimos su contenido que siempre suele estar relacionado con alguna investigación que estemos realizando».

Su producción bibliográfica es extensísima y abarca varios géneros pero, en especial, descuellan algunos ensayos que él mismo menciona no más se le pide rendir un balance de su propia obra: «Mi contribución a la estética, en la medida que pueda

hablarse de eso y desde el punto de vista marxista, fue la ruptura, en un momento en que eso era la doctrina extendida y reconocida, con toda la teoría y la práctica del realismo socialista. Esto ya desde los años 60, cuando a comienzos de esa década era la doctrina aceptada como única estética marxista posible. En el año 65, publiqué *Las ideas estéticas de Marx*, un libro que rompía con esa concepción institucional de la estética marxista. Poco después, en el año 67, publiqué mi *Filosofía de la praxis*, que marcaba ya la ruptura no sólo con una estética oficial marxista o pseudomarxista sino con la filosofía oficial dominante, materialismo dialéctico, la filosofía de la praxis. Pienso que en la concepción que yo mantuve desde entonces y que he seguido manteniendo hasta ahora, la estética se apoya en una serie de tesis fundamentales del marxismo pero que lejos de estar en contradicción con la estética oficial del realismo socialista, apuesta más bien por una práctica innovadora, de vanguardia. La concepción del arte que yo propugnaba era la del arte como una forma de trabajo o de praxis creadora, que permitía su desarrollo en cualquier dirección. En Marx, no puede haber arte si no hay creatividad. Si no hay praxis creadora, no hay arte. Esta praxis creadora puede manifestarse en el terreno del realismo, como se manifestó durante siglos, o en el terreno del arte abstracto, de un arte no figurativo o de un arte, diríamos, de vanguardia. Su nota distintiva sería justamente la capacidad de innovación o de creación».

Contra el estalinismo

Sánchez Vázquez siempre asumió un posicionamiento crítico con el marxismo o, mejor dicho, con algunas de sus aplicaciones prácticas como el estalinismo y la política posterior que se implantó en la Unión Soviética. No fue fácil en tiempos de ortodoxia ni lo es ahora cuando sigue defendiendo la utopía marxista a pesar del descrédito de lo que se llamó socialismo real. Pero él sabe que hubo intelectuales, incluso revolucionarios de primera hornada, que empezaron pronto a disentir del rumbo totalitario que pareció tomar desde muy pronto aquel deseado país de los soviets. En ese caso, el suicidio en los años 30 del poeta y dramaturgo Vladimir

Maiakovsky no sólo supuso una vindicación estética: «No sólo fue un suicidio estético sino político o ideológico. En primer lugar, el tipo de poesía innovadora que estaba realizando Maiakovsky era la que respondía al arte soviético de los primeros años 20. Como todo el mundo sabe, toda la vanguardia empieza a germinar prácticamente en la Unión Soviética. Allí está Chagall, está Kandinsky, o los constructivistas, en el campo de las artes plásticas. Allí está toda la gran arquitectura de vanguardia. Y, en el terreno de la poesía, toda la innovación está allí. Pienso que a Maiakovsky hay que situarlo dentro de esa innovación radical que caracterizó al arte soviético. Había la pretensión en los artistas de la época de hacer un arte revolucionario, pero no en el sentido limitado de la temática o el contenido, sino porque también suponía una revolución en el lenguaje artístico, en el lenguaje plástico o en el poético. El realismo socialista, como teoría y como práctica, viene a terminar con eso. Entonces, es obvio que Maiakovsky se encontraba en una situación de aislamiento, de contradicción con esa estética oficial dominante. Pienso que el suicidio de Maiakovsky tiene que ver con esta contradicción y con su oposición a lo que estaba germinando. Eso se expresa, sobre todo, en su dramaturgia. Obras como *La Chiche* o *El Baño* constituían una sátira sobre lo que comenzaba ya a levantar cabeza en la Unión Soviética».

Recuerda que el estreno español de *La Chinche* llevaba escenografía de su paisano algecireño Ramón Puyol: «Si, yo la vi precisamente en Madrid». Sánchez Vázquez había nacido allí cuando la ciudad empezaba a tomar cuerpo, pero cuando aún persistía una importante quiebra social entre el mundo del contrabando y de otras formas de economía sumergida, o la función administrativa de quienes debían reprimir tales prácticas: «Yo, de Algeciras, salí muy pequeño. De mi infancia, prácticamente no tengo recuerdos. Mi padre era teniente de carabineros. En aquella época, se decía de forma un poco burlesca que la población de Algeciras se dividía en dos, unos contrabandistas y otros carabineros. A mí, me tocó nacer en la parte que perseguía. Prácticamente, no tengo contacto con la ciudad. Salí de Algeciras a una edad en la que es difícil tener recuerdos. Después, fuimos a vivir a El Escorial, cerca de Madrid. Y a los diez o doce años, llegué a Málaga, donde me formé hasta que comenzó la guerra civil. A Algeciras, volví en el

año 31, teniendo quince o dieciséis años. Allí, bajo la influencia de mi tío, Alfredo Vázquez, que después murió fusilado por el franquismo, es de quien yo recibí la primera influencia de carácter ideológico. Un poco confusa como era la personalidad de mi tío, entre libertario y marxista. Pero ahí tuve mis primeros contactos ideológicos con una ideología de tipo revolucionaria. De Algeciras, entre mis amigos de antes de la guerra, estaba José Luis Cano, con el que tuve contactos. Trabajamos juntos en el periódico *Línea* que hacían las organizaciones más de izquierdas y revolucionarias, en Madrid. Conocí también a Ramón Puyol cuando era diseñador de portadas de la editorial Zenith, tan famosa, y cartelista conocido. En realidad, mis recuerdos son pequeños».

Autor de títulos como *Las ideas estéticas de Marx* (1965), *Estructuralismo y marxismo* (1970), *Estética y marxismo* (1970), *Del socialismo científico al socialismo utópico* (1975), *Ciencia y revolución: el marxismo de Althusser* (1978) y *Del exilio en México: recuerdos y reflexiones* (1991), Sánchez Vázquez disfruta desde hace años de la nacionalidad mexicana, aunque recuerde su origen gaditano: «Allí, tengo viejos amigos como el profesor Ramón Vargas Machuca», suele recordar de una provincia cuya Universidad, al poco de su creación, fue de las primeras en reconocerle como doctor honoris causa.

La reconstrucción del pasado

Hasta Algeciras, Sánchez Vázquez regresó en varias ocasiones. La primera vez, hacia 1980, cuando llegó a entrevistarse con el primer alcalde comunista de la ciudad, Francisco Esteban y tuvo la oportunidad de conocer la ciudad, para «reconstruir mentalmente esa parte de mi pasado». La última vez, fue en el verano de 2002, cuando quiso mostrársela a su nieto rockero que le acompañó en aquel periplo y con quien tuvo ocasión de visitar la calle que ya lleva su nombre, junto a la playa de El Rinconcillo, a las afueras: «Estuve en la calle, en la casa donde nací. En la casa de las columnas, en la calle Ríos».

Era también la Algeciras de José Luis Cano, otro escritor que se formó en aquella Málaga inquieta de la Segunda República,

cuando Emilio Prados asistía, fascinado, al incendio de la mansión de su familia. En la capital malagueña, Sánchez Vázquez y su cuñado Enrique Rebolledo crearon la revista *Sur*, en la que Cano habría de publicar el primer artículo de su vida, «Surrealismo y lucha de clases».

«Esta revista *Sur*, que por cierto creo que ahí tomaron el nombre y el diseño del título del periódico, la hice con el hermano de mi esposa, Enrique Rebolledo. Sacamos dos números. Uno salió a finales del 35 y otro a comienzos del 36. Publicamos colaboraciones de José Luis Cano o un poema de Alberti que nunca he tenido curiosidad por ver si está recogido en su poesía completa. Lo cierto es que no recuerdo exactamente sus versos. También incluimos traducciones de Louis Aragon».

A comienzos del siglo XX, Sánchez Vázquez recuerda la vida cultural tan intensa de Málaga, donde llegó a escuchar a Ortega y Gasset, a García Morente y a Unamuno: «También asistí a exposiciones de grandes pintores de la época. Pesaba mucho el intelectual en la vida política de entonces. Tanto es así que muchos ministros de la República fueron intelectuales, como Fernando de los Ríos. Hoy, a los intelectuales, en lugar de respetárseles, se les subvenciona».

En los años 30, era otra cosa. Buena parte de los grandes escritores en lengua hispana abrazaron el comunismo como una formidable utopía posible, aunque no percibieran plenamente los excesos que acompañaron a la construcción de la Unión Soviética: «Por ejemplo, César Vallejo era militante del Partido Comunista del Perú, como usted sabe. Yo lo conocí aquí en el Congreso de Escritores Antifascistas del año 37. O Alberti. O incluso el mismo Pablo Neruda, que no tiene nada que ver con la estética oficial del realismo socialista, independientemente que entre las cosas que resulten difícil de olvidar de Neruda estén sus cantos a Stalin y todo eso. Pero lo más significativo de Neruda también tiene que ver poco con la estética del realismo socialista. Aunque claro, sus ideólogos, cuando trataban de ejemplificar con nombres de supuestos creadores de dicho realismo, siempre daban los de Neruda, de Alberti o de Vallejo. O, en el terreno de la pintura, daban el nombre de los muralistas mejicanos que tampoco tienen nada que ver con el realismo socialista, como Rivera o

Xiqueiro. Creo que en lengua española, que yo recuerde, no encontramos ejemplos ilustrativos de lo que sería una estética propia del realismo socialista. Recuerdo que Alberti, en la revista *Octubre*, publicó mi primer poema, que firmé con seudónimo y que era un romance sobre la Ley de Fugas. Apareció en el número 3 o 4».

Su primer libro fue precisamente de poemas, *El Pulso Ardiente*, escrito en España pero publicado finalmente en México: «Se publicó en Morelia, la primera edición, del 42. Estos poemas son de unos años antes de la guerra. Y resulta que este libro, cuando salí de España, lo di por perdido porque no me preocupé de buscar los originales. En principio, iba a publicarlo en Madrid Manuel Altolaguirre, en aquellas ediciones que él hacía de poesía, con aquella enorme belleza tipográfica. Cuando llegué a México, con gran sorpresa mía, resultó que él se había llevado el original. Luego, se ha reeditado en España, en varias ediciones».

La última de ella, en Málaga, a donde ha ido retornando periódicamente: «Naturalmente, la primera vez que volví a España fue en una visita rápida y prácticamente sin contacto con nadie, porque vine por un motivo familiar, por una tragedia que ocurrió en la familia de mi hermano». Se trata de Gonzalo, un matemático ilustre y célebre fallecido hace unos años en Sevilla, donde había fijado su residencia: «Eso fue en el año 72. Prácticamente, conocí entonces a muy poca gente. Entre la poca gente que tuve ocasión de conocer está un filósofo que sigue siendo buen amigo, Javier Muguerza, y también Javier Pradera. Eso era en pleno franquismo. Cuando volví en el año 75 o 76, ya vine con más calma. Y me encontré con una España completamente distinta, no sólo por razones políticas e ideológicas. Era una España que en el terreno ideológico se había modernizado, se había desarrollado económicamente pero todavía arrastraba las huellas de los cuarenta años de franquismo. De todas maneras, para mí fue una emoción muy fuerte, porque yo venía a España prácticamente después de 38 años de ausencia. Ya mi padre había fallado. Mi madre vivía todavía aquí, en Málaga. Fue una impresión muy fuerte la llegada a España y, sobre todo, aquí a Málaga, donde yo había pasado mi juventud. Y a Madrid, donde yo había tenido una actividad política juvenil y estudiantil en la Universidad».

Y si en un primer momento los exiliados en México se resistían a echar raíces, durante la transición democrática comprobó que ya era imposible romper con su biografía mexicana: «La primera vez que yo volví a España fue una visita rápida y prácticamente sin contacto con nadie, porque vine por un motivo familiar, por una tragedia que ocurrió en la familia de mi hermano. Eso fue en el año 72. Prácticamente, conocí entonces a muy poca gente, como Javier Muguerza y Javier Pradera. Eso era en pleno franquismo. Cuando volví, en el año 75 o 76, ya vine con más calma. Me encontré con una España completamente distinta, no sólo por razones políticas, sino con una España que en el terreno sociológico se había modernizado, se había desarrollado aunque todavía con las huellas de los cuarenta años de franquismo. De todas maneras, también fue una emoción muy fuerte, porque yo vine a España prácticamente después de 38 años de ausencia. Ahora, se notan los cambios. Sobre todo, el contraste con los países de América Latina, con los países de donde vengo. Allí, hay un nivel de miseria, de pobreza, bastante grande».

Ante el fracaso del socialismo real

Fiel a su independencia de criterios, en plena *glasnot* de Gorbachev pero antes de que cayese el muro, el marxista Sánchez Vázquez consideraba que había que «reconocer que existe un fracaso histórico del llamado socialismo real. Eso es evidente. Un fracaso, empezando por la Unión Soviética. El socialismo real ha sido un desastre desde el punto de vista histórico. Su fracaso es tan grande que ha quemado la alternativa de otro modelo de socialismo, al menos por ahora. Las reformas del socialismo real llegaron tan tarde que incluso lo que se dio a llamar en la Checoslovaquia del año 68 un socialismo de rostro humano, ni siquiera pudo plantearse. El fracaso es tan grande que incluso el proceso de reacción frente al socialismo real es tan amplio y tan profundo, que ni siquiera la alternativa socialdemócrata constituye una alternativa de izquierdas en esos países».

Sólo había una excepción en ese discurso, que se llamaba Cuba, aunque tampoco Sánchez Vázquez aplauda la persecución de los delitos de opinión que se siguen practicando, tantos años después,

en la isla: «Cuba es un caso especial porque, claro, hay dos componentes que no se pueden disociar. El componente nacional o liberador en el sentido antiimperialista influye mucho allí. La revolución cubana, desde que nació, está bloqueada por el imperialismo. Mientras haya ese bloqueo o esa presión es muy difícil que haya una reforma o una apertura. Ese es el problema. No se puede abrir como se ha abierto la sociedad del Este porque eso significaría la penetración inmediata de todo lo que llaman la gusanera, toda la contrarrevolución que está en Miami. Pienso que tienen que hacer un esfuerzo para realizar reformas, en un sentido democrático, sin que esta democratización implique naturalmente el retorno de toda esa bazofia y de toda esa morralla contrarrevolucionaria. Y creo que la sociedad cubana lo está pidiendo en el marco del socialismo. Porque si no puede ocurrir lo que ha ocurrido en estos países del Este. Por ejemplo, en Checoslovaquia, donde tuvimos la posibilidad de una alternativa que fue aniquilada por la invasión soviética. Cuando han pasado veinte años, esta alternativa se ha quemado también como reacción a todo esto. Tenga usted en cuenta que a excepción de Yugoslavia o de la Unión Soviética todos esos países son regímenes supuestamente socialistas que no son resultado de una revolución interior sino exportada. Lógicamente, esa revolución ha tenido resistencia dentro de la propia sociedad».

A su juicio, tras la caída del campo socialista, la sociedad de aquellos países se enfrentó a un cierto espejismo, el que suponía el capitalismo real más allá de la propaganda mediática que les habría llegado. Tocaba entonces enfrentarse a fantasmas del libre mercado tan reales como el desempleo o la falta seguridad social: «Yo pienso que el socialismo como alternativa sigue siendo vigente y actual, porque el capitalismo no va a resolver ninguno de los problemas que no ha resuelto el socialismo real. Por el contrario, los puede agravar. Pero creo que en un futuro inmediato, el porvenir es un poco difícil».

«De ese fracaso del socialismo real, es difícil disociar a los partidos comunistas. Porque, claro, el modelo de partido, el modelo de sociedad, el modelo de estrategia, ha sido compartido durante muchos años por los partidos comunistas tradicionales. Hay que deslindarse lo más posible de ese pasado. Ese distanciamiento

puede llevar incluso a la desaparición de dichos partidos. El Partido Comunista de México, sin ir más lejos, se fundió con el Partido de la Revolución Democrática».

Hace cinco años, durante la XIV edición de la Feria del Libro de La Habana, a donde acudió para presentar su libro «A tiempo y destiempo», Sánchez Vázquez proclamaba a las claras: «El marxismo es una necesidad». Esa declaración de principios, a estas alturas y con la que está cayendo, es un gesto de rebeldía frente a un sistema capitalista al que ha intentado combatir y al que sigue sin aceptar a pesar del fracaso del llamado «socialismo real». Desde de los años 50, Sánchez Vázquez se mostró especialmente crítico con la visión estalinista del marxismo-leninismo, al tiempo que con posterioridad defendió la perestroika soviética como «imperiosa e ineludible», pero ello no significa que piense que el caudal del pensamiento marxista esté agotado: «Debemos reivindicar la idea del socialismo porque el capitalismo con su afán de lucro y ganancias puede conducir a la desaparición de la especie humana. Prefiero la bipolaridad a la unipolaridad del mundo bajo la hegemonía del fascismo estadounidense», asegura cuando está a punto de cumplir noventa años de vida.

A pesar de los agasajos cubanos y de sus opiniones actuales, su posición respecto al régimen castrista nunca ha sido complaciente. Así, por ejemplo, en 1992 y con motivo de una entrevista concedida a Fernando Orgambides en *El País*, el filósofo algecireño recordaba que la Revolución Cubana, en sus primeros años, no estuvo «sujeta a una teoría marxista ni estaba dirigida por el Partido Comunista» sino que «tenía un sentido nacional y liberador». Más tarde, dejó de ser así: «Desde luego, ese tipo de socialismo o lo que se presenta como tal, me parece que cae dentro de las objeciones que yo desde hace años he venido haciendo al modelo del llamado socialismo real. Y aunque naturalmente haya matices y variantes entre lo que se ha hecho en Cuba y en la desaparecida URSS, en cierto modo responde al mismo modelo de socialismo real que yo he criticado y combatido. Ahora bien, en las circunstancias actuales me parece que, independientemente de que se esté de acuerdo o no con ese modelo, hay que estar, en primer lugar, frente a la política de bloqueo y agresión que los Estados Unidos desde hace treinta años están llevando a cabo contra

Cuba y que representa un obstáculo decisivo para que en la isla se den los cambios que creo necesarios para la democratización de su vida económica, política y social».

«El desastre del llamado socialismo real, por una implementación incorrecta de la doctrina marxista, incluyó el descrédito del marxismo y por eso hay que reivindicarlo», proclamaba hace unos años Sánchez Vázquez, con motivo de otro de sus viajes a Cuba. Sin embargo, matizaba a renglón seguido: «Se debe revisar el marxismo y no pensarse como en la antigua ortodoxia ideológica que el socialismo es inevitable, como tampoco lo es el capitalismo».

Y en tal contexto, rescata la idea matriz de Karl Marx en su *Tesis sobre Feuerbach*, en el sentido de que «la prioridad debe seguir siendo la de transformar el mundo». «Esa necesidad persiste –insiste–; por lo tanto necesitamos de la doctrina, de la teoría y el pensamiento».

En *A tiempo y a destiempo*, Sánchez Vázquez reflexiona sobre el socialismo, la ideología y la utopía, y un capítulo dedicado al exilio que llegó a América tras la guerra civil española: «El título del libro se debe, en gran medida, a los textos que escribí en consonancia con las inquietudes y preocupaciones de la época en que fueron concebidos; los del destiempo chocan con la ideología dominante y oficial, la que vivimos en nuestros días».

El profesor del subcomandante Marcos

Antes de la actual crisis económica que implica también una crisis de valores, ya consideraba que existía una fractura crítica de la izquierda, agravada diez años atrás por los atentados del 11 de septiembre: «La izquierda tendría, en verdad, que darle un nuevo sentido a su política, hacer una política menos pragmática, menos realista en el sentido estrecho de la palabra, y volver a reivindicar los ideales que siempre han sido los ideales de la izquierda, una mayor libertad, una mayor igualdad social, una mayor justicia social, en fin, en ese sentido, a pesar de todo lo que se ha dicho de que se han borrado las distinciones entre la derecha y la izquierda, yo creo que la línea divisoria se mantiene. La izquierda lucha

o debe luchar siempre por una mayor libertad, por una libertad real, una mayor justicia social y sobre todo debe luchar en cada terreno concreto. No sólo librar las batallas a un nivel abstracto, general, puramente ideológico sino en cada punto concreto, como se ve ahora. Ante el problema de una nueva ley que restringe las prestaciones de desempleo, pues obviamente ahí hay una clara distinción entre la política de derechas e izquierdas. En las políticas de protección social, las posiciones de derecha e izquierda son también muy definidas. Hay que reconocer de todas maneras que estamos en una etapa difícil, con un porvenir bastante incierto para las posiciones de izquierdas, pero en realidad los problemas por los que ha combatido la izquierda clásica, los problemas de justicia social sobre todo, hoy son más agudos incluso y más graves que en otros tiempos. El capitalismo no ha resuelto ni puede resolver ninguno de los grandes problemas sociales, que siempre han estado en primer plano. De manera que aunque hoy, desgraciadamente, desde un punto de vista realista no hay una alternativa al capitalismo, esa es la realidad, porque la división bipolar ha dejado paso a una hegemonía unipolar y en ese sentido no hay un contrapeso, una alternativa al capitalismo, sobre todo al capitalismo que representa el gran capital y la potencia que lo encarna, Estados Unidos. Incluso Europa juega un papel subordinado en muchos problemas fundamentales, con respecto a Estados Unidos. Pero sin embargo la alternativa sigue siendo más necesaria que nunca porque en la medida que esa alternativa no se produzca los problemas se van a ir agravando».

En tal contexto, se mostró razonablemente entusiasta del movimiento altermundista, aunque no ha escatimado críticas a su falta de cohesión ideológica: «Es importante como un punto de arranque, como una toma de posición, pero tiene también sus fallos. Es un movimiento heterogéneo, con mucho elemento espontáneo, falta de organización y, claro, es más bien importante como sintoma de un estado de malestar y de disgusto, de inconformidad. Pero no es todavía una alternativa en modo alguno. Otra enseñanza que se desprende de todo lo ocurrido anteriormente es que esa alternativa debe ser una alternativa global, también. Un país solo, por sí solo, no puede ofrecer las soluciones que se necesitan, porque incluso la soberanía hoy, en la época

de la globalización, está limitada sobre todo en materia económica. Ya no hay una política económica nacional, sino que se decide fuera del país, en las grandes instancias. Una alternativa a esto debe ser también global, pero ese internacionalismo ya no existe. Hay un internacionalismo del capital, representado por la globalización, pero no hay un internacionalismo de las fuerzas del trabajo. Estamos en una etapa difícil, porque es largo el camino que hay que recorrer».

Pero entonces como ahora se opone de forma radical a que los actores de la economía manejen los hilos de la política y no ocurra al contrario: «Hoy, hay un cierto debilitamiento de la política porque decisiones fundamentales no se deciden políticamente sino por instancias económicas. En cierto modo, la política está subordinada a la economía. Hay un cierto descrédito de la política y sobre todo de la clase política tanto de derechas como de izquierdas. Por una serie de factores, porque incluso cuando la izquierda ha estado en el poder, se ha visto un desajuste entre las palabras y los hechos, entre lo que se promete y lo que se cumple. También, porque los medios de comunicación masivos tienden un tanto a trivializar y a banalizar la política. En parte, porque la política se resuelve bajo la influencia de los medios de comunicación. Sin embargo, yo creo que una verdadera política tiene que reivindicarse porque el terreno para resolver la política sigue siendo el terreno de la política. Lo que no quiere decir que sea la política que hacen los partidos organizados. La política se hace también fuera de los partidos, en la sociedad civil, en las grandes organizaciones sociales, sindicales, culturas, etc. Creo que es una tarea que corresponde también a la izquierda. A la izquierda le corresponde, sobre todo, reivindicar la política. Sobre todo, una verdadera política. Una política que esté impregnada de un contenido moral, no sólo una política puramente pragmática que se mire y se juzgue por la eficiencia. Es el tema que voy a intentar desarrollar en la conferencia de hoy en Cádiz, las relaciones entre moral y política. El contenido moral ha sido un tanto olvidado. Eso explica, por ejemplo, en México, la repercusión que ha tenido ese movimiento zapatista, porque ha hecho una reivindicación de la política dándole un profundo contenido moral. Un país donde la política está muy corrompida como en México, que una política

de este género, como la que están haciendo los zapatistas, con un gran contenido moral, tiene un gran impacto».

Tan respetado como discutido en su cátedra de México, entre sus alumnos se contó al subcomandante Marcos: «Marcos fue alumno mío, pero no un alumno brillante. Yo sé que él fue alumno mío, no porque le recuerde, sino porque he visto las actas de exámenes de la época y allí aparece con su nombre y con la calificación que yo le di. Él aparece inscrito en un curso que yo di sobre filosofía de Marx. Ya nadie discute que el subcomandante Marcos es un tal Sebastián Guillén, que es quien aparece en las actas. Yo no lo recuerdo pero algunos de mis alumnos lo recuerdan perfectamente y me han hablado de él. En aquella época, había una división notable entre althuserianos y humanistas. El se consideraba althuseriano y en su tesis dejó escrito que un profesor humanista, que era yo aunque no me mencione, no dejaba interrumpir las clases para leer comunicados. Claro que no. Yo les decía que esperasen a los minutos finales de la clase para hacerlo, si gustaban».

Desde esa tribuna universitaria pero sobre todo desde su insoportable discurso intelectual, siguió defendiendo la vieja pero no por ello ineficaz brújula marxista para salir del laberinto capitalista: «Si no hay una propiedad social dominante sobre los medios de producción, no puede hablarse de socialismo. Si no hay un Estado bajo el control democrático de la sociedad, tampoco. Pero si el problema de las relaciones de propiedad pasa a segundo plano, no veo como se puede llegar a una nueva sociedad. Se puede hacer un capitalismo más civilizado, pero no dejará de ser capitalismo. Incluso admitiendo que se hayan alcanzado algunos logros importantes dentro de ese sistema, la barrera estructural no se ha cruzado. El socialismo real logró romper la barrera del capitalismo, lo destruyó pero no logró construir el socialismo. La socialdemocracia ha alcanzado, cuando ha logrado hacerlo, una serie de prestaciones, de logros importantes en el campo del capitalismo, pero no ha saltado esa barrera. La pelota sigue en el tejado. Y la pelota consiste en como construir una sociedad nueva, pero partiendo como condición necesaria de una superación, de una trascendencia de la barrera estructural capitalista» ©